

La herida del abandono



Imagen de un orfanato en Guatemala en 2001.

Los adoptados conviven con el daño provocado por el rechazo de su madre biológica

Entre 1998 y 2006 se adoptaron en España a 32.995 niños de países extranjeros. Fueron los años del llamado boom de las adopciones, llegando en 2004 a las 5.541 y con España casi a la cabeza de los países adoptantes. Cifras a las que hay que sumar el número de adopciones nacionales, mucho menores y estables a lo largo del tiempo.

Esos niños son ahora adolescentes o jóvenes adultos que han crecido desligados de sus familias biológicas. Muchos empiezan a buscar respuestas concretas a preguntas abstractas que llevan persiguiéndoles desde la infancia, otros no están preparados para ello o creen que sería defraudar a sus padres adoptivos. No todos fueron adoptados con la misma edad ni tuvieron las mismas experiencias antes de ese momento, pero todos comparten la herida que deja un abandono.

Germán Ruiz Alonso

Laura Heckel tiene 34 años, es la mayor de tres hermanos y la hija de un padre austriaco y una madre croata que la adoptaron en Bogotá recién nacida. Vivió en Colombia hasta mudarse con 4 años a Suiza, donde pasó el resto de su infancia y parte de su adolescencia. Pero también es la menor de los cinco hijos de una mujer colombiana que la dio en adopción porque no tenía suficiente dinero para mantenerla. La última parte de la historia, mejor dicho, la primera parte de su vida, todavía la está reconstruyendo. Hace año y medio, aprovechando las vacaciones de Semana Santa, viajó a su ciudad natal para intentar encontrarse con su madre biológica. Su búsqueda de orígenes fue un camino muy largo que acabó de la mejor manera posible, pero las preguntas a las que ahora empieza a dar respuesta, y las inseguridades que le provocaban, han marcado en gran parte su vida.

Ahora Laura habla abiertamente del daño emocional que la causaba saber que la persona que se supone más incondicional en la vida de un niño, su madre, la abandonó por un motivo que desconocía. Está acostumbrada a contar

su historia a padres que pueden aprender de ella, y, sobre todo, a adoptados a los que les ayuda escucharla.

Ella no tuvo la oportunidad de que le hablaran del impacto que supone ser adoptada hasta los 18 años, una vez que se distanció de sus padres. "Son de una religión que yo no quise seguir y con esa edad mi padre me dijo que no me reconocía como hija", explica Laura, totalmente convencida de que esa situación se hubiera dado de la misma forma con un hijo biológico, pero también teniendo claro que, para ella, supuso un segundo rechazo. En ese momento cayó en una depresión, pero de alguna manera le sirvió para empezar a abordar los problemas que se derivaban de haber sido abandonada. "Quizás eso fue lo que me hizo plantearme cosas sobre la adopción, una de las pocas buenas psicólogas que encontré –la primera a la que acudí– me dijo que yo estaba reviviendo un rechazo, viviendo un segundo abandono".

Entonces no pudo seguir tratándose con esa psicóloga, a la que le está muy agradecida, "dejé de ir para buscarme la vida, en Canarias,

De Las habitaciones de la muerte a Twinsters

Los documentales son reflejo de una realidad y pueden llegar a influir en ella si se vuelven un fenómeno de masas. En 1995 TVE estrenó el documental *Las habitaciones de la muerte*, una desgarradora obra grabada en gran parte con cámara oculta que muestra las pésimas condiciones de los orfanatos estatales en China. Entre los efectos que provocó el documental de Channel 4, el más destacado fue la ola de solidaridad en forma de adopciones internacionales, por lo que muchas parejas encontraron en la pena un motivo para adoptar.

Veinte años más tarde, un documental distribuido por Netflix, *Twinsters*, muestra en un tono completamente opuesto el reencuentro de dos hermanas gemelas nacidas en Corea del Sur que fueron adoptadas por diferentes familias, una francesa y una americana. Esta obra reciente pone de manifiesto lo fácil que puede llegar a ser en la era de Facebook reencontrarse con familiares biológicos, pero no muestra los peligros que tiene hacerlo de manera tan brusca.

luego en Londres... Pero siempre que volvía a tener una crisis volvía el miedo al abandono". Ese temor constante se traducía en su vida diaria en estar siempre pendiente de que la fidelidad de sus amigos estuviese a la altura de sus expectativas. "Exiges mucho porque tú das mucho, he conocido a muchos adoptados que provocan para ver el límite de esa incondicionalidad, porque la persona que más incondicional debía ser es tu madre y no fue así", explica.

Ahora, desde las oficinas de su empresa en el Paseo de la Castellana de Madrid, Laura es capaz de recordar sin perder la sonrisa los miedos que le atormentaban entonces. "Te das cuenta que ha habido una señora que te ha tenido en la tripa, pero no puedes hablar del tema, porque mis padres habían sufrido tanto...", cuenta con cierta ironía, "y de repente empecé a tener mucho miedo a perder a mis padres de nuevo, empecé a tener pesadillas, dormir mal, si llegaban tarde a recogerme del colegio pensaba que me abandonaban."

Para Alberto Rodríguez, psicólogo y terapeuta familiar especializado en adopción y acogimiento, todos los adoptados van a sufrir un daño emocional parecido al que describe Laura, aunque se manifieste de muy distintas formas y la mayoría sean capaces de salir adelante sin que tenga mayores consecuencias. "Cuando llegan a los 13, 14 años esos niños van a tener que entender por qué están adoptados e intentar reparar las heridas de lo que han pasado", cuenta Alberto. Para él son heridas con las que un hijo biológico no tiene que lidiar, y a las que, en el caso de las adopciones internacionales, hay que sumar unos rasgos que evidencian delante de todo el mundo que eres adoptado, "y van a tener que intentar entender que son diferentes y que quieren formar parte de una familia", aunque todo el mundo vea que no es su familia biológica.

Alberto lleva 15 años ejerciendo su profesión en Agintzari, una cooperativa familiar que trabaja para el Gobierno del País Vasco y desde donde trata algunos casos muy graves de niños adoptados, los que derivan en un trastorno que impide que se desarrollen con normalidad. "Hay en torno a un 20% de las adopciones que son situaciones de altísimo riesgo, que puede ser que desarrollen patologías o que tengan situaciones de gran descontrol que puedan hacer mucho, mucho daño", comenta. Según él, alrededor de un 7% de los niños adoptados desarrollarán psicosis y más de un 15% un trastorno de personalidad, porcentajes que en el total de la población rondan el 1 y el 4%, respectivamente. Los ejemplos más llamativos a los que este psicólogo se enfrenta tienen que ver con adolescentes que encuentran en drogas como el cristal la única forma de calmarse, o con jóvenes con un Trastorno Límite de la Personalidad por el que cualquier discusión en casa puede terminar con una pelea en la que tenga que intervenir la policía.



Sara es una de las jóvenes con las que Alberto trata ocasionalmente. No es, en absoluto, uno de los casos más graves, sin embargo, ella misma reconoce que se las hizo pasar "muy canutas" a su madre. Sara es mayor de edad y vive en Logroño, al igual que Laura es de origen colombiano. Su madre la adoptó y la crió soltera, aunque en los papeles de la adopción también figura como tutor su mejor amigo, de hecho, reconoce que durante años tenía mejor relación con él que con su madre. Sin embargo, ahora Sara se siente en deuda con ella y se deshace en halagos recordando cómo supo estar a su lado incluso cuando resultaba más difícil. "La he hecho llorar diciéndole que no era mi madre, le he llegado a levantar la mano", revive con cierta vergüenza, "pero ella siguió apoyándome".

Alberto comprende perfectamente el comportamiento de Sara y lo relaciona con el miedo al abandono. "Cuando tienes ese miedo tienes la alternativa de hacerte del centro de Bilbao", explica con humor, "ser más chulo que nadie y poner a tus padres al límite para probar si son capaces de echarte. Esa chulería les hace más frágiles, porque no es chulería, es fragilidad". Cuando estas situaciones son extremas o no mejoran con el paso del tiempo los psicólogos hablan de trastorno del vínculo.

Que un adoptado pueda convivir mejor o peor, o que llegue incluso a desarrollar algún tipo de trastorno, depende de muchos factores, pero su experiencia en los primeros años de vida es clave. A diferencia de Laura, que fue adoptada recién nacida, Sara llegó a España con cinco años, pero su madre no quiso confirmarle un hecho tan evidente hasta los 15. A pesar de que Sara había borrado por completo el tiempo que pasó en Colombia tenía la certeza de que era adoptada desde antes de los 10 años. Con mucho trabajo y la ayuda de una psicóloga, Sara ha ido recordando sus primeros años de vida, aunque sin tener ningún tipo de certeza de cómo fueron realmente. Asegura

que su madre biológica la abandonó muy temprano con una vecina, y de ahí pasó, al menos, por otras dos familias de acogida y un orfanato hasta que con cuatro años –y eso es lo único seguro– fue a parar a la institución de donde la adoptó su madre. También tiene el recuerdo de que en una de las familias por las que pasó vivió situaciones de maltrato, e incluso llegaba a estar días enteros encerrada en una habitación.

"Tantas veces te habían pegado, tantas veces te habían encerrado, que no me creía que mi madre me fuese a tener toda la vida, yo reaccionaba brutalmente contra ella. Hará como los demás –pensaba– me devolverá ", explica Sara, "y más tarde la ira pasó de mi madre de aquí a la madre de allí, y lo pagaba con todo el mundo". Pero lo que con 25 años interpreta con tanta claridad, durante su infancia y adolescencia se resume en que "sentía ira, mucha ira y la manera de desfogarme era gritando a mi madre y siempre con insultos".

Alberto explica que muchos de los daños que pueden padecer los adoptados tienen su origen en la experiencia vivida en sus primeros años. El análisis que Sara hace de su propia historia es un claro ejemplo de ello, pero no es necesario que haya un maltrato tan específico para que el adoptado tenga determinadas heridas que sanar. El hecho de estar en una institución en la que unas pocas personas tienen que hacerse cargo de varios niños ya es, según Alberto, algo que marca su vida; "En los primeros dos años –los hijos biológicos– podemos creer que nuestros papás nos cuidan, si lloramos vienen a calmarnos, sin embargo, en un orfanato muchos niños aprenden a tranquilizarse solos. Esto tiene una consecuencia en cómo interpretan la realidad, para estar bien se tiene que tranquilizar solos porque no van a estar los adultos".

Sin embargo, Alberto está convencido de que, la mayoría de las veces, no son los padres adoptantes los que causan el daño; "Para que unos padres adoptivos descojonen a su hijo tienen que hacerlo muy mal, muchas veces". Reconoce que hay familias que no ayudan a sus hijos, de hecho, cree que hay muchos padres que adoptan sin estar preparados para ello, pero insiste en que "el daño venía de atrás". Para Alberto el papel de quienes adoptan es saber manejar la vulnerabilidad del niño, pues de ellos dependerá que se haga más grande o más pequeña. "Los padres aprenden que la manera de reparar daños es estar presente siempre, la incondicionalidad es la mejor medicina", asegura.



Laura recién nacida, en Bogotá. Cedita por Laura Heckel.

Según el relato de Laura Heckel, sus padres no fueron el mejor ejemplo, tuvo que ganarse la

vida y resolver sus miedos sin su apoyo, aun así, prefiere no dar sus nombres ni su religión para evitar que les pueda perjudicar. "En mi casa la adopción se vivió como una ONG con patas", dice recordando cómo una vez les pusieron a sus hermanos y a ella un documental sobre los gamines de Bogotá – niños y jóvenes indigentes de Colombia– para demostrarles que tenían que estar agradecidos. Explica que ese "sentimiento de agradecimiento abrumador que sobre todo se da en adopción internacional" hace que la autoestima se destruya completamente. Cada uno de los hermanos lo vivió de forma diferente, pero hasta la madurez Laura no ha hablado de ello con su hermana menor, que fue adoptada con varios meses y a la que Laura recuerda como "totalmente encerrada en sí misma".

Es curioso que la primera vez que hablase en profundidad con otros adoptados sobre sus preocupaciones no fuese con sus hermanos y que tuviese que esperar a pasar de los 20 años para entrar en contacto con gente en su misma situación con la que poder compartir experiencias. Cuando se fue interesando por el tema y su trabajo se lo permitía, empezó a mirar por internet información de adoptados hasta que llegó al blog de David Azcona, soyadoptado.es. "Ahora no me veo reflejada en él pero por aquel entonces veía que tenía razón, hablaba de que para ser adoptado primero tenías que haber sido abandonado. También decía que todos los niños tenemos derecho a tener padres". Esta página lleva años cerrada, y su creador se ha desligado de los proyectos de postadopción que creó en su adolescencia, pero comenzó un camino por el que han continuado personas como Laura.

La Voz de los Adoptados

David Azcona nació en Pamplona en 1988 y hace varios años que se cambió el nombre por el que le puso su madre biológica, Abel, pero conserva el apellido de su madre adoptiva.

Como Abel Azcona se ha labrado un nombre en el mundo del arte de acción en España y Latinoamérica, donde sus impactantes performances, de gran componente autobiográfico, dejan indiferentes a pocos de los que las ven. Convencido de que su madre biológica era una prostituta drogadicta a la que no se le permitió abortar, ha abordado el tema de la prostitución en varias de sus obras con el objetivo, según explica en numerosas entrevistas, de empatizar con ella. Empathy and Prostitution, Las horas o La calle, son algunos de los proyectos más significativos que ha realizado y de los que se pueden obtener multitud de documentos con una rápida búsqueda por Internet.

Pero antes de dedicarse por completo al arte, y cuando las únicas organizaciones que había sobre postadopción eran de padres adoptantes, David Azcona empezó un proyecto para que fuesen los hijos los que mostrasen su punto de vista. En 2008 él y otros adoptados entre los que se encontraba Laura, comenzaron a reunirse para terminar creando La Voz de los Adoptados. Esta organización, cuyo primer presidente y socio fundador fue David, nace a semejanza de su homónima francesa para ser un punto de encuentro entre personas adoptadas adultas que necesitan expresarse.

Durante muchos años, tras la dimisión de David, La Voz de los Adoptados estuvo presidida por Anna Badia, una psicóloga especializada en adopción. Ella nació en Barcelona, sus padres la adoptaron con pocos días en la casa cuna donde su madre biológica, de Madrid, había pasado la última fase del embarazo. Explica que en 1975 eran principalmente instituciones religiosas las que se hacían cargo de estas cosas y que la legalidad ha variado mucho en estas cuatro décadas; por ello y porque su madre biológica ya falleció, no sabe con exactitud cómo y por qué llegó a la casa cuna de Barcelona. "Empecé

a buscar a los 30, la inquietud siempre había estado, era como una tarea pendiente, pero también había muchas barreras, burocráticas y sobre todo personales", cuenta.

En el gabinete de Anna Badia, en el que trabajan otras dos especialistas, tratan a adoptados y personas en acogimiento de todas las edades. Lo que tienen en común todos ellos es un sentimiento de abandono, "una sensación de rechazo que todos hemos podido tener en nuestra vida, cuando somos niños y no quieren jugar con nosotros, cuando se rompe una pareja..., pero que en una adopción o acogimiento es como más elevada", comenta Anna.

Cree que todo los adoptados conviven con el hecho de que les hayan abandonado, pero que esto influya más o menos en su vida dependerá de cómo sea esa persona, lo que Anna llama la "parte genética", y, sobre todo, de su círculo externo. Al igual que Alberto Rodríguez, le concede mucha importancia al entorno en los primeros años, "es cuando tu cerebro se está formando". Por su experiencia está convencida de que cuanto más edad tenga un hijo cuando es adoptado, más complicaciones podrá tener, en especial si ha pasado anteriormente por más de una familia o por instituciones.

Rocío no opina que el hecho de ser adoptada tenga que afectar negativamente. Ella fue adoptada hace 25 años, nada más nacer en el Hospital de Logroño, y vive en un pequeño pueblo de La Rioja. También ha estudiado Psicología, pero su carrera profesional no se encamina a la terapia. Tampoco ha acudido a ningún profesional para tratar su propia adopción, algo en lo que no piensa a menudo. "Si te lo han dicho desde el principio y lo has ido asumiendo como algo corriente, como algo normal y tuyo, no tiene por qué dar ningún trastorno", asegura Rocío. Ella recuerda cómo sus padres le explicaron "simplemente la

verdad" desde que era muy pequeña; "que querían tener un hijo e iniciaron un proceso de adopción, que tardó mucho tiempo y estuvieron muchos años esperando que les llamasen".

Tampoco tiene intención de buscar a su familia biológica, de la que no conoce nada a pesar de tener los orígenes en la misma comunidad autónoma donde vive. "No le encuentro sentido", dice convencida, "ella –su madre biológica– tuvo sus circunstancias en un determinado momento y yo no soy quien para juzgar, igual no podía, igual no tenía dinero, igual simplemente no quería, hay mil motivos y cada uno es válido para la persona", subraya. Sí que recalca la importancia de saber que eres

adoptado desde un principio, tanto para evitar daños psicológicos como para temas más cotidianos. "Yo no tengo ni idea de mi historial clínico, es importante saberlo para que pueda decirle al médico con naturalidad que soy adoptada y me haga las pruebas que deba", comenta.

También tiene claro que el encuentro con su madre biológica no le aportaría nada, es más, cree que podría resultar perjudicial para las tres partes implicadas. "Si la encontrase y sé que es esa persona que está ahí en frente, ¿qué le voy a preguntar? No me interesa saber por qué, no tengo el derecho y cualquier opción es válida. Igual para esa persona es violento, y para mí no es útil esa información",

Los 7 primeros años

Ramón, un chico de 18 años que fue adoptado en un país de Asia con 7, es uno de los ejemplos más claros y a la vez más límites de cómo puede influir lo que se ha vivido en la infancia durante el resto de la vida. Es un joven tímido pero tranquilo que, a pesar de venir con tanta edad y sin saber hablar español, pudo incorporarse con normalidad a la escuela. Su caso es diferente al resto, puesto que no se produjo un abandono, sino que, como recuerda con claridad, su padre y su madre murieron cuando él tenía 4 y 5 años respectivamente.

A dos de sus hermanas las dejaron con familiares mientras que otra y él terminaron en una institución desde donde les adoptaron familias españolas. Con esa hermana Ramón y su madre lograron ponerse en contacto enseguida, y volver a ver a las otras dos ha sido una prioridad durante el tiempo que lleva en España. Hace dos años, como llevaban tiempo planeando, viajó junto con su madre y la pareja de esta a su país de origen, y al volver tuvo episodios de amnesia durante varios meses, e incluso perdió el habla. Entonces empezó terapia para aprender a convivir con todos los recuerdos que tenía de su país de origen, a pesar de que tiene claro hechos tan dolorosos como que no volverá a encontrarse con las hermanas que dejó en su país natal, "intento olvidarme de ellas y concentrarme en la que vive cerca".

Según cuenta, los especialistas le explicaron que el ataque de amnesia que sufrió fue una especie de explosión por todos los sentimientos que tenía acumulados. Desde entonces asegura que intenta exteriorizar más lo que siente respecto a unos 7 primeros años muy duros, sobre todo con su madre, a la que siempre se dirige por su nombre de pila. "Con 7 años había muchas cosas que me daban rabia pero me las guardaba, desde el ataque de amnesia me expreso más", explica.

asegura. También cree que esa situación podría herir a sus padres "que me han criado toda la vida y si me pongo en su lugar me preguntaría qué necesita buscar en una persona que simplemente la ha parido".

Rocío se muestra muy crítica con sus colegas de profesión, puesto que cree que ser adoptado "es un hecho ni más ni más importante que otros, que una persona lo puede gestionar bien o mal". En su opinión, buscar siempre la raíz de los problemas en los orígenes puede ser una excusa para no afrontar los actuales, y está convencida de que los primeros días de vida no tienen por qué condicionar la vida del niño. "Con dos meses, con seis meses, con un año, pues ni siquiera eres consciente de que eres persona", dice Rocío, que insiste en que la clave está en cómo se explique la adopción. "Poner ese evento como lo más importante de tu vida es hablar por hablar. Hay muchos eventos en tu vida, no sé por qué te centras en el primero para decir que es el que te ha marcado desde tu más tierna infancia. ¿No te va a repercutir que seas adoptada?, pues probablemente sí, como parte de configuración de tu persona, como cualquier hecho mínimamente significativo", explica.

Anna Badia, sin embargo, está convencida de que ella sí ha estado marcada por el hecho de que la abandonasen y le resulta difícil pensar que a alguien pueda no influirle de alguna manera. De su infancia reconoce que tenía una necesidad muy grande de agrandar, a pesar de que supo desde un primer momento que era adoptada y que sus padres trataron el tema correctamente, según cuenta. "Yo era muy sociable, con muchas ganas de quedar bien, pero detrás de eso había inseguridad", hasta tal punto, recuerda, que su madre le ha explicado cómo era capaz de dejar en el colegio sus ejercicios sin hacer con tal de ayudar a sus compañeros.

Asimismo admite que tuvo muchas fantasías con su madre biológica que iban cambiando a medida que se hacía mayor. Si en su infancia la dibujaba como un hada o una actriz que se había visto obligada a dejarla al cuidado de otra familia, en la adolescencia daba por hecho que se trataba de una prostituta o una drogadicta. También se acuerda de que cuando comenzó a hacer terapia justificaba las conductas malas que tuviese con sus posibles orígenes biológicos, que desconocía por aquel entonces. Por lo que pudo averiguar más tarde, su madre biológica era una mujer bastante culta que se preocupaba de su estado, al menos eso percibió su madre por algunas cartas que una de las monjas le dejó leer, ya que la familia de Anna tenía bastante trato con la casa cuna donde la adoptaron.

"Yo no exploté en la adolescencia –como la mayoría de adoptados hace–, ahí tenía estas cosas de inseguridad, pero yo exploté tras la muerte de mi padre en 2003", aclara Anna, "era la persona que me contenía y tenía con él un vínculo muy grande, y a su muerte yo sentí todos los fantasmas, sentí que me abandonaba". Su padre estaba muriendo de cáncer cuando ella ya tenía, aparentemente, la vida hecha, incluso contaba con su propio despacho en Barcelona, y aún así, su vida se fue "bastante al traste". Todavía con algo de bochorno relata cómo, en vez de estar junto a su padre en el hospital la última noche, salió de fiesta porque "antes de abandonarme, lo dejaba yo", razona.

Buscar a la madre

La primera vez que Anna comenzó a ir a terapia tenía 27 años; "Cuando me di cuenta de cómo impactaban mis orígenes, que el abandono de mi padre me estaba haciendo comportarme de manera que me daba asco a mí misma, entonces empecé a ver que tenía la necesidad de dar respuesta a mis preguntas". Con el tiempo, y arropada por sus amigos y familia, comenzó una búsqueda de orígenes

que le dejó un sabor agridulce, puesto que su madre biológica falleció y no sabe de la existencia de otros familiares cercanos, pero ha aprendido a convivir con los sentimientos que le provocaba saber que había sido abandonada. "Es algo que siempre está ahí, que aprendes a llevarlo y que cada vez molesta menos, no interfiere en tu vida, pero es como una cicatriz y de vez en cuando lo vuelves a notar. Si eres consciente de que es eso lo puedes manejar y seguir con tu vida, aunque no desaparezca del todo", explica.

Laura tuvo más suerte en su búsqueda de orígenes, al menos al final. Cuando decidió emprenderla llevaba tiempo tratándose con un buen psicólogo. Sin embargo, admite que pasó rápidamente de pensar que no querría encontrarse con su madre a sentirlo como una necesidad, probablemente porque era la época en la que empezaba a reunirse con otros adoptados para crear La Voz. "Pudo ser —un cambio bastante brusco—, pero como fue una búsqueda tan larga, la realidad se fue imponiendo", relata.

En efecto, fue una espera que se prolongó tantos años que llegó a provocarle algunos momentos de ansiedad, porque, como ella misma dice "no es bueno que sea ni demasiado larga ni demasiado corta". En todo ese tiempo puede, y ambas partes están dispuestas, pasan a preparar el encuentro.

En el caso de Laura, que siempre supo que quería llevar la búsqueda lo más lejos que pudiese, a las complicaciones de encontrar a su madre con los datos que tenía se le unió un engaño. "Una mujer que leía mi blog dijo que quería ayudarme, yo confíe en ella y estuve años pendiente de sus respuestas. Había veces que no me contestaba en meses, y llegó a decir que había contactado con mi madre sin ser verdad", recuerda sin saber todavía cuál fue el motivo del engaño, pues nunca le pidió dinero. Así pasaron casi ocho años de búsqueda

estuvo acompañada por un mediador, una figura que pone al adoptado en las diferentes situaciones con las que se puede encontrar, como dice Laura, "que te va picando un poco".

Jaime Ledesma es mediador especializado en adopción y tiene su propia asociación, MadOp. Deja claro que su trabajo no es la terapia psicológica y que, muchas veces, quienes acuden a él solo buscan saber más de su origen o que el mediador tenga algún tipo de contacto con la madre biológica, pero no que se produzca un encuentro. "Yo voy a llegar hasta donde el cliente quiera", cuenta.

Desde diciembre de 2007 el Gobierno reconoce el derecho de los adoptados a conocer sus orígenes biológicos, el trabajo de Jaime es acompañarlos en el proceso de búsqueda y que no desemboque en un encuentro brusco para ambas partes. A parte de desarrollar todas las posibilidades con la que los adoptados se pueden encontrar, el mediador es el que realiza el primer contacto con el familiar, la gran mayoría de veces a quién buscan es a la madre. "Una de las posibilidades es que la madre no quiera saber nada, yo solo insisto otra vez y le digo que estaré disponible si cambia de opinión", explica, por lo que su cliente debe estar preparado para cualquier eventualidad. Si se infructuosa y no fue hasta comienzos de 2015 cuando decidió dejar de mantener contacto con esa mujer y pasar a buscar a su madre por otros métodos.

El mes antes que ella y su marido viajaran a Colombia contrató los servicios de unos detectives privados de Bogotá. Se sentía sobradamente preparada en lo psicológico para afrontar cualquier realidad que le descubriesen, pero las posibilidades de encontrar a su madre en ese tiempo eran, como le advirtieron los detectives, bastante escasas. Aterrizó en la ciudad en la que había nacido el sábado de Semana Santa, con el

objetivo de encontrar a su familia biológica durante los siete días que estaba en ella. Ahora se podría decir que Laura narra esos días como si se tratase de una aventura casi divertida; "El lunes nos plantamos –en las oficinas de los detectives- y nos encontramos con tres tíos trajeados, rodeados de grabadoras, de cables y con pistolas. Y yo allí con mi marido y con la tarjeta de crédito para pagarles la segunda parte sin saber si nos engañaban".

Para comprobar que se trataba de su madre Laura exigió a los detectives, que la habían localizado haciéndose pasar por trabajadores sociales, que la llamasen y le preguntasen unos datos que no les había facilitado, los nombres de los padres de sus hermanos biológicos. Así, Laura escuchó por primera vez la voz de su madre a través del altavoz de un teléfono, relatando el nombre de sus exparejas a unos supuestos trabajadores sociales. Para evitar que su primer encuentro se produjera en esas condiciones, prefirió citarla a través de una psicóloga del servicio colombiano de Bienestar Familiar. A las pocas horas ya tenía la respuesta, su madre había accedido a reunirse con ella el día siguiente a las 11 de la mañana en el despacho de esa psicóloga.

"Entré. La conocí. Lo primero que ella hacía era abrazarme y pedir perdón", a su lado recuerda perfectamente a uno de sus hermanos llorando. Con la prisa de tener que ponerse al día de una vida en los cuatro días que le quedaban en Bogotá empezó a mostrarles fotos de su infancia, a conocer hermanos, sobrinas, a saber el nombre que su madre le había puesto, a escuchar los motivos por los que la había abandonado y el arrepentimiento que sentía. "Me dijo mi psicóloga y mi mediador que yo estaba preparada para todo menos para que fuera tan bueno. Son gente súper humilde, que ha salido adelante, ninguno de mis hermanos se ha dado a la droga ni al alcohol y cuando me enseñaron el

barrio en el que vivían pensé que el milagro ahí era no ser un asesino", asegura entre la emoción y la alegría.

A pesar del éxito de su búsqueda de orígenes Laura sabe que su experiencia no es la habitual, que muchos casos salen mal, o, como ella dice, "medio bien". Sin embargo está convencida de que cualquier cosa que pudiera averiguar le iba a resultar positiva; "Me hubiese bastado con que conociese a una prima que me hablase de ella, o a alguien que conociera a mis hermanos, cualquier cosa. Yo quería simplemente información".